

EL METODISMO EN MÉXICO. APORTES Y REFLEXIONES PARA LA HISTORIA DE UNA COMUNIDAD MINORITARIA (1824-1953) PRESENTACIÓN DEL NÚMERO MONOGRÁFICO

*Methodism in Mexico: Contributions and reflections for the history of a minority community (1824-1953)
Presentation of the monographic issue*

Carlos Olivier Toledo *

<https://orcid.org/0000-0001-5879-0891>

Facultad de Estudios Superiores Iztacala (FESI), Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM)
oliviertcarlos@gmail.com

El monográfico que está frente a usted tiene la intención de mostrar el imaginario y las prácticas de una de las comunidades minoritarias presentes en México desde el último tercio del siglo XIX. Para estos tiempos, resulta casi una perogrullada escribir que la modernidad mexicana estuvo constituida por una multiplicidad de formas e interpretaciones sobre la vida. Durante la segunda mitad del siglo XIX ya era posible localizar diversas grupalidades, cada una poseedora de una tradición, una iniciativa y una expectativa. Entre ellas, encontramos a las espiritistas, espiritualistas, presbiterianas y bautistas, además de las comunidades africanas y chinas, las oriundas del país, la comunidad católica y la de científicos.

Los metodistas, al igual que casi cualquier comunidad radicada en el país, fueron partidarios de una modernidad que les hacía sentido con sus propios idearios religiosos. En tiempos de relativa paz para el país, esta comunidad tuvo una serie de iniciativas que le ubican como

*Doctorado en Humanidades, por la UNAM y profesor de Teoría de las Ciencias Sociales en la FESI, UNAM.

parte activa en la constitución de la, digamos por ahora, «modernidad mexicana». Solo con el tiempo y la publicación de estudios se ha logrado comprobar el tipo de implicación que tuvo en el país. Fue una comunidad a la que en muchos aspectos no dejamos de pensarla como una especie de avanzada respecto a sus formas de concebir y promover, no solo el quehacer político o su posición en torno a la separación Iglesia-Estado, sino también respecto a la mujer, al hombre, la higiene, la infancia, el ejercicio físico, el vegetarianismo, la medicina, la locura o, incluso, la sexualidad.

Una comunidad religiosa no solo se dedica a establecer iglesias o templos. Al llegar de Estados Unidos, tanto los pastores como sus esposas o diaconisas estaban influenciados por la idea de un evangelio social que les involucraba directamente con la sociedad mexicana. Pero por ello no debe creerse que los metodistas llegaron a instaurar un imaginario norteamericano. Por decir algo, la correspondencia del médico y pastor Levi Salmans nos muestra que el establecimiento de la obra médica no pertenecía a un plan de los pastores estadounidenses, sino que fue a fuerza de deseo de involucramiento con las propias carencias en salud y de redes hospitalarias que vivía el país, que Salmans, o el Buen Samaritano, como solía llamarle la población, emprendió el proyecto de salud que con el tiempo derivó en el establecimiento El Buen Samaritano y en una red interesante de dispensarios en diversas zonas pobres en León, Guanajuato. Este tipo de correspondencia muestra que, a diferencia de la teoría de la conspiración que afirma que el protestantismo no fue otra cosa que una expresión del imperialismo norteamericano y que el protestantismo mexicano fue una réplica del estadounidense, la diversidad de espacios arquitectónicos y de servicios ofrecidos, como la creación de guarderías para los hijos de madres obreras o comedores públicos en tiempos de la revolución, no fueron parte de una estrategia bien planeada por los evangélicos norteamericanos sino que surgieron de la inventiva de actores tanto extranjeros como mexicanos que, además de ganar adeptos a su fe, buscaron tender la mano a los que lo necesitaban. Otro ejemplo puede ser el relativo al trabajo que tuvieron las Sociedades de Temperancia desde 1880. Muy escasos historiadores o historiadoras de la cultura mexicana se han detenido a tratar de comprender el impacto que estas sociedades tuvieron en la contención del consumo de alcohol. Es claro que si a alguien se le debe la creación de

ligas antialcohólicas por parte del Estado y posteriormente la implantación de los grupos de AA es a quienes fundaron y fomentaron las Sociedades de Temperancia. Y debe quedar claro, no se trataba de la defensa de una actitud “santurróna” en torno a la abstinencia, sino del convencimiento de que el consumo de alcohol, de tabaco y otras sustancias como el opio tenían como deriva el sufrimiento de las personas y las familias, lo que al final se traducía en falta de progreso para el país.

Pero estas asociaciones no solo son relevantes por la defensa de la moderación o abstinencia según el periodo de estudio, sino también porque ellas, así como las escuelas para mujeres o, incluso, los mismos templos, fueron verdaderos semilleros del feminismo en México. Si algo hicieron las metodistas fue destinar tiempo y recursos para la formación intelectual y social de las mujeres; ya sea formándolas en el Buen Samaritano como enfermeras, ya sea en las escuelas enseñándoles la importancia de la defensa de los derechos humanos o enseñándoles con fundamento bíblico la función divina que tenían en la transformación del país.

Así que no debe haber duda de que este monográfico dedica sus esfuerzos a mostrar la importancia que esta comunidad tuvo en la promoción de imaginarios y prácticas que al tiempo terminaron por ser constitutivas de proyectos de Estado.

Entre los metodistas también encontramos lo que se puede considerar el primer movimiento sistematizado en contra del consumo de animales no humanos de México. Por herencia Wesleyana y algunos médicos laicos, Levi Salmans dedicó mucho tiempo a promover una alimentación que redituara en beneficio de los trabajadores, a las mujeres y, por supuesto, la infancia. Tanto fue su interés que, incluso, destinó parte de los presupuestos a la propagación de información dietética a través de su publicación periódica *La Salud. Revista de Higiene*. En estos bienes culturales, (y no solo en el *Abogado Cristiano Ilustrado*) es posible encontrar todo un proyecto profiláctico que incluía deglución, características de los alimentos, instrumentales de cocina y, por supuesto, recetas dietéticas para el día a día.

Si algo se ha descubierto con el transcurrir de las décadas es que las comunidades evangélicas desarrollaron una gama de posiciones con

dirección a múltiples aspectos de la vida, no solo política o religiosa, sino también social y cultural. Si los historiadores, no solo del protestantismo, sino de lo cultural, lo social, lo emocional, o de la ciencia, por decir algo, voltearan a mirar a estas comunidades se llevarían una tremenda sorpresa relativa a las contribuciones que tales grupos le hicieron a la sociedad mexicana.

Por otro lado, el monográfico que está frente a usted, a pesar de las diferencias temáticas y temporalidades que contiene, sigue hilos conductores muy interesantes, que podrían hablar, incluso, de la actualidad que vivimos. Todos están inscriptos, de un modo u otro, en lo que podemos considerar como la historia de la cultura evangélica en México, ya sea por la utilización de la imagen, por el estudio de las prácticas deportivas y los derechos de las mujeres, por la recuperación de los bienes culturales (específicamente publicaciones periódicas), por el tipo de educación instituida en las mujeres, por el imaginario y prácticas en el estudio y enseñanza de la psicología, por la indagatoria de los recursos económicos de las comunidades en el país o por las entradas y salidas de los actores al mundo metodista con la intención de encontrar certeza en un mundo ya cambiante. Todo esto distancia a nuestro trabajo de lo que podemos llamar como formas tradicionales de hacer historia del protestantismo, la que teórica y metodológicamente se sostenía en un marco político-social, la mayoría de las ocasiones interesado en el papel que las comunidades tuvieron en la política, el movimiento revolucionario y la educación laica. Esto no quiere decir que el recurso de la historia de la cultura sea mejor que el político-social, solo indica que desde hace algunos años las miras de quienes hacen historia apuntan hacia lugares diversos y en buena medida inéditos; y ello se debe a que nuestro presente contiene otras interrogantes que, vistas en conjunto, vienen a complementar sustancialmente el estudio histórico del fenómeno minoritario en clave protestante.

Resulta entonces, que este monográfico está constituido por documentos dinámicos y frescos. En general, cada uno contiene, desde sus propios objetivos, rutas metodológicas y hermenéuticas comprensivas, una respuesta a las dudas que el tiempo actual les plantea. En alguna ocasión escuché que las indagatorias se producen —o por lo menos debieran producirse— por una inconformidad o insatisfacción con el

tiempo presente. No se trata de historiar la vida solo por historiar. Ese es mucho el estilo de las personas que hacen historia al modo conservador o clásico. Se trata de pesquisas históricas comprometidas con el tiempo y espacio de la persona que investiga. Ese es el sentido profundo del quehacer historiográfico; hacer historia para obligarnos a mirar el presente; comprender por qué las cosas son como son y preguntarnos si podrían ser de otro modo.

Sabemos perfectamente que a este monográfico le antecedan artículos y libros que abordan el tema “metodismo”; sin embargo, el aporte de estos documentos radica en las interrogantes planteadas por principio y en las respuestas encontradas, en las hipótesis sugeridas y en los supuestos hallados. En este sentido, nadie podrá negar que el trabajo realizado por Daniel Escorza en “La imagen fotográfica de los metodistas en México, 1890-1910” (2022) es un valioso aporte para la historia del metodismo en México; según el autor, es necesario “abordar la fotografía como una herramienta importante de la imaginaria producida por los metodistas con el propósito de afianzar su memoria e identidad entre la sociedad de hace más de un siglo”. Y no es para menos, en general, las comunidades evangélicas legaron un extenso archivo fotográfico que prácticamente sigue inexplorado como recurso historiográfico.

Pero, incluso, hablando solo de los bienes culturales escritos, como *El Abogado Cristiano Ilustrado*, parecía que no había más fuentes en donde producir la indagatoria. Gracias a textos como el de la historiadora Leticia Mendoza es posible comprender el gran interés de esta comunidad por producir espacios escriturales en donde pudieran presentar sus imaginarios. Lo que hizo en su documento “La prensa metodista en México 1877-1914”, fue sostener “que la labor periodística metodista fue más diversa de lo que hasta ahora se conoce, que los periódicos se editaron en diversos estados y no solo en la Ciudad de México, y finalmente, que aunque cada uno de ellos tuvo sus propias características coincidieron en tres posturas: ser anticlericales, no involucrarse en política y servir como un instrumento de evangelización y de civilidad, aportando desde su particular trinchera al desarrollo sociocultural de la sociedad mexicana”. Es justo por estas investigaciones, que los estudios de cualquier comunidad se enriquecen. Porque al dar a conocer bienes culturales inéditos los campos de indagación se amplían. Así que habrá

que agradecer a esta historiadora por el aporte fundamental que se hará patente en investigaciones futuras entre distintos historiadores.

Lo anterior no es de escasa relevancia. La necesidad de verter el imaginario metodista era uno de los recursos fundamentales para extender ideas sobre la concepción de hombre, de mujer, de Dios, del cuidado del cuerpo, la higiene, el ejercicio físico, lo psicológico, entre otros. Por ejemplo, el texto de Kathleen Mary McIntyre, “Arriba las metodistas: Educación protestante, deportes y sufragio transnacional”, en verdad es muy revelador porque trata sobre la importancia que los metodistas tuvieron, ya lo escribimos, sobre la formación intelectual, física y moral de las mujeres. No cabe duda de que entre ellas encontramos uno de los primeros y sólidos activismos en pro de la liberación de la mujer. En su documento, la autora se propone “analizar la interacción entre el sufragio femenino transnacional, la participación en eventos deportivos, el nacionalismo revolucionario y los debates acerca del papel del protestantismo 1917-1953”. Ahí muestra que la red educativa para mujeres fue un recurso fundamental en la lucha por los derechos femeniles. Muy cercana a esta discusión está la investigación de la historiadora Erika Sánchez, “Entre el lápiz, el papel y la fe: participación femenina en el metodismo en México, 1895-1915”, quien explica y analiza el tipo de instituciones educativas en las que se formaron las mujeres metodistas. Espacios educativos de avanzada que lograron instituir en las mujeres una educación sólida y dirigida a distintos campos de acción. Al final, busca “demostrar que las instituciones educativas promovieron una formación de mayor alcance con respecto a las instituciones establecidas por el gobierno en turno”. Aunque el documento de Carlos Olivier, “Estudio y enseñanza de la psicología en México: el caso metodista, 1887-1910”, dirige su mirada al lugar que ocupó el estudio de la psicología entre los metodistas, coincide completamente con las tesis de Kathleen Mary McIntyre y Erika Sánchez en tanto que la psicología sirvió a las metodistas como uno de los recursos fundamentales de unión con el metodismo y, por lo tanto, con la liberación de la mujer; esta argumentación está presente a lo largo de su investigación. Con todo y los resultados inéditos que se presentan en este monográfico en torno al papel de las mujeres en la transformación imaginaria, no cabe duda de que aún falta mucho por hacer para develar esto que durante muchos años fue una ausencia tópica de los estudios evangélicos. Dos documen-

tos más constituyen el contenido de este monográfico. Indagatorias colmadas de originalidad y fresco. El primero de ellos es el del historiador Oswaldo Sánchez, quien analiza “el desarrollo de la obra misionera metodista estadounidense en México, 1873-1897”. También “se expone la importancia de la red de ferrocarril como un medio elemental en el traslado y comunicación de los misioneros, así como el contraste entre el desarrollo material de congregaciones de diferentes regiones tanto de la Iglesia Metodista Episcopal como de la Iglesia Metodista del Sur”. Como se verá, no creemos que haya estudios antecedentes que aborden estos temas, que a menudo pasan inadvertidos, pero que, sin embargo, complementan bien con los estudios sociales y políticos en los que a menudo se enfatiza. Y, finalmente, la investigación de Carlos Torres, “Mentalidades y movilidad religiosa en contextos de modernidad: el caso de los primeros metodistas mexicanos”, es una indagatoria que debiera cobrar mucho interés en la medida en que nos permite comprender la movilidad religiosa, es decir, las entradas y salidas de los actores a las comunidades de fe. Lo que revela las complejidades que las personas atravesaban –y atraviesan– en los momentos de adquirir un compromiso con una creencia. Lo que este investigador hace, finalmente, es mostrar “cómo los metodistas y otros protestantes mexicanos conformaron un colectivo reducido, pero dinámico, que dio forma a nuevas actitudes ante un entorno caracterizado por la búsqueda constante de certidumbres”. No dudamos de que su investigación aportará buenos dividendos.

Así que, querido lector, esperamos que este conjunto de investigaciones abra la posibilidad de pensar el mundo desde un-otro lugar, generar nuevas dudas y responder a las propias delaciones. ¡Buen provecho!